

Novela Popular Cinematográfica

Año 1
Núm. 36

Tess en el país de
las tempestades



25 céntimos

Protagonista:
Mary Pickford

Revista Semanal

Tess, en el país de las tempestades

Novela cinematográfica basada en la película del mismo título. Exclusiva de «Los Artistas Asociados», Rambla de Cataluña, 62.

PROTAGONISTA: MARY PICKFORD

PRIMERA JORNADA

EL DERECHO DE LA FUERZA

Cuando Elias Graves adquirió la propiedad de los vastos terrenos y de los derechos de pesca sobre un lago de la América Occidental, no podía imaginarse que iba a atraer sobre sí la hostilidad de los pescadores instalados en la comarca desde hacía muchos años. No podía imaginárselo, pero así fue. Aquellas gentes no podían ver en él nada más que a un enemigo.

A Graves, pues, no obstante sus muchas y repetidas tentativas, no le era fácil conseguir que aquellos pescadores desistieran de juzgarse los legítimos propietarios del lago.

La hija de Graves, joven delicada y de una belleza primaveral, llamada Tina, experimentaba por su padre un sentimiento de respeto que estaba mu-

cho más cerca del miedo que del amor. Y es que el carácter de Graves no se prestaba para las efusiones cariliosas. Era demasiado duro y áspero.

Daniel Jordán, un joven estudiante de Derecho, supo conquistar el corazón de Tina, pero no el consentimiento del padre de ésta para casarse con ella. Tina, sabiendo cuán poderosos eran los deseos de su padre en lo referente a terminar con los pescadores, o sea, con lo que éstos, sin permiso de él hacían, le dijo un día a su novio:

—Si tú encontraras un medio para desembarazar a mi padre de esos pescadores, mi padre no pondría obstáculo en concederte mi mano.

El amor es muy egoísta. He aquí que a una joven delicada, por realizar el suyo, no le importa hacer daño a una infinidad de criaturas. ¿Acaso esta bella joven tenía un alma dura como la de su padre? Difícil es saberlo. En cambio, si sabemos que Federico, el otro hijo de Graves, no compartía el odio de su padre hacia los humildes pescadores. Más bien tenía para ellos sentimientos de cariño.

Un día, estando todos reunidos, de sobremesa, el novio de Tina exclamó:

—¡Qué soberbio panorama se ve desde esta finca, quéiera que la vista se extienda! ¡Lástima que le quite interés el desagradable espectáculo de estas pobres y sucias cabañas que la rodean!

Se ve que Jordán había dicho esto para emprender conversación y ver de iniciar un plan de ataque que le proporcionar la aquiescencia de Graves para casarse con Tina.

Graves le contestó:

—¡No quiero oír hablar de mis vecinos, gente sucia, ineducada y holgazana!

Esto de holgazana era una verdadera paradoja: ¡Graves no había trabajado nunca!

—¿Por qué no se desembaraza usted de esos miserables ofreciéndoles dinero?—insistió Jordán.

—¡Dinero!... ¡No!—exclamó Graves, colérico.—Yo he comprado estas tierras, que eran del Estado, y ellas me pertenecen por completo. ¿Quién puede prohibirme, por tanto, que, si yo quiero, derribo las cabañas que afean la finca que yo he pagado? Y no he de dar ningún dinero a los que viven en ellas; ¡no faltaba más!

—Nadie le impediría—intervino Federico,—ciertamente, que hagas el uso que desees de tu propiedad. Mas, ¿dónde se refugiarían esas pobres gentes, papá?

—¡No te preocupes de eso, hijo mío! ¿Acaso es que no sientes como yo y como tu hermana lo insostenible que es la convivencia con semejante chusma?

Llegó en esto hasta la casa el humo maloliente de pescado podrido que se quemaba. Jordán, indignado, dijo a Graves:

—Señor Graves, Yo voy a intentar algo para que se cumplan sus justos deseos.

Y salió.

Graves, dirigiéndose a su hijo, gritó:

—Si no eres un cobarde, Federico, tú estás obligado a acompañar a Jordán.

Federico, sin contestar, salió también. Pero era visible que con muy distintas intenciones que el novio de su hermana.

Entonces Graves dijo a su hija:

—No me disgustaría que ese joven adquiriese merecimientos para poder llamarse algún día yerno mío.

Jordán llegó adonde ardía el pescado podrido. Y se dispuso a apagar el fuego. Se opusieron a ello dos viejos pescadores. Jordán, encarándose con

el hombre, que ya era viejo, le amenazó. Desde lejos, desde una lancha que se mecía en el lago, presenció la amenaza Tess Skinner, nuestra protagonista, flor silvestre plerónica de juveniles fragancias, que perfumaban y alegraban el espíritu de los pobres pescadores. Saltó, pues, de la lancha, corrió hasta donde Jordán amenazaba a los dos viejos y, encarándose con el primero y dándole después de empujones y puntapiés, le alejó de allí hasta encerrarlo en una red, metido en la cual hubo aún de recibir bastantes golpes de la indignada muchacha.

Federico, desde alguna distancia, se reía.

De cerca, salió una voz, que gritaba:

—¡Márchate, Tess, márchate!

En esto, se acercó a la joven el hijo de Graves, que dijo algunas palabras irónicas, pero sin burla.

Tess le contestó:

—Váyase de aquí, ¡Nosotros estamos en nuestra casa!

El que había gritado a Tess que se marchara, era un hombre repulsivo. Se llamaba Letis y estaba junto a otro joven, pero agraciado, llamado Longman. Los dos estaban enamorados de Tess. Longman, al ver a Tess castigar a Jordán, la miró con toda la admiración de que era capaz. Letis, advirtiendo aquella mirada, dijo a su compañero:

—Yo quiero a Tess y es inútil que tú pretendas nada de ella.

En esto, Jordán había entrado, de vuelta, lleno de rasguños y de magulladuras, en la casa de Graves. Al que dijo:

—¿Recuerda usted que hay una ley prohibiendo la pesca con red? Aplicándola, les cortaríamos todo medio de subsistencia a estas gentes y se verían obligadas a emigrar de aquí.

—¡Magnífico!—exclamó Graves.

Y Tina, acercándose a su novio, le dijo en voz baja:

—Un poquito de constancia, Daniel, y nuestras aspiraciones se verán satisfechas. Ya ves que mi papá comienza a mostrar interés por ti.

Graves, que había salido al balcón, volvió la cabeza para decir:

—¡Mirad qué bellas perspectivas! Una pequeña astrosa y descalza que no se ha pasado un peine desde que nació.

La pequeña era Tess, que desde la puerta del jardín hacía a los propietarios mohines graciosos de burla.

En el alma joven de Tess no habían prendido aún las amargas semillas de la tristeza. Llegó, pues, a su casa y, mientras esperaba a su padre, se puso a bailar alegremente. Bailando estaba cuando llegó junto a ella Federico. Al verlo, exclamó:

—¿Le interesa a usted mucho mi danza?

—No me reciba con recelo, muchachos. Yo soy un amigo leal de ustedes.

Y le entregó una caja de caramelos que le traía de regalo.

—Los bombones de usted deben ser muy malos cuando me los regala—dijo Tess desconfiando.

—¡Pruébelos!

Comió uno. ¡Eran buenos! Dió otro a Federico. Y éste, al ver los manos de ella, verdaderamente sucias, dijo:

—¿No ha oído usted decir nunca que la limpieza es una de las virtudes que más nos enaltecen?

Iba a contestar algo extraño Tess. Pero lo impidió la llegada de su padre. Corrió a abrazarlo, y lue-

go le dijo, mostrándole los caramelos y a Federico:

—Mira, papá, lo que la mara acaba de traernos.

Rieron los dos hombres. Después, Federico dijo al padre de Tess:

—No me odie usted, señor Skinner, porque mi padre no apreciaba a los pescadores.

—Cada cual es libre de pensar como quiera—contestó aquel hombre honrado.—Su padre de usted tiene sus ideas... y nosotros tenemos las nuestras.

Se marchó Federico. Entró en la casa el padre de Tess. Los dos jóvenes, antes de separarse, se miraron muy fijamente. Luego, llegó corriendo el repulsivo Letts y dijo a la muchacha:

—¡Abrazame, Tess!

—Precisamente no pensaba yo en otra cosa que en abrazarte—contestó riendo la bella muchacha, a tiempo que volvía la espalda con indiferencia.

II

Celosos de la defensa de los derechos del propietario, Jordán y los guardas rurales de Graves confiscaron un día las redes de los pescadores, dejándoles inermes para ganarse el sustento.

Tess, que había visto desde la puerta de su vivienda lo que ocurría, escondió la red de su padre entre la paja del colchón de su cama. Así, cuando vinieron a buscar aquel instrumento de trabajo, por más pesquisas que hicieron no lo encontraron.

Pero, al salir, Jordán dijo a los que le acompañaban:

—Hay una red escondida en esta casa.

—Perfectamente—contestó un guarda.—Procu-

remos sorprenderlos en el momento en que intenten utilizarla.

En una plazuela de la aldea, los pescadores, reunidos, se lamentaban.

—¿Y cómo ganaremos el pan, mientras tanto?

Tess, advertida de lo que pasaba, fué a reunirse con los quejosos e hizo frente a los defensores del propietario, ya con palabras duras, o bien arrojándoles piedras; en una ocasión, quiso oponerse a que arrebataran la red a un viejo pescador. Y gritaba sin cesar:

—¡Esto es indignante! ¡Queremos justicia! ¡Defendemos lo nuestro!

Pero nada valió. Las redes fueron quemadas ante la vista de sus dueños.

Poco después, cuando el hambre comenzaba a mostrar sus rigores, el padre de Tess decidióse a sacar la red de su escondrijo y a salir, por la noche, a pescar. Le acompañarían los dos enamorados de Tess y algún otro viejo y honrado pescador.

Tess no estaba muy tranquila. Y dijo a su padre:

—Yo presiento, papá, que tu determinación te proporcionará más contratiempos que peces.

Un pescador que no formaba parte de los que sallan, agregó:

—Ande usted con cuidado. El viejo Graves no ha apartado todavía de nosotros sus ojos vengadores.

—Es posible. Pero, ¿podemos resignarnos, quizá, a morirnos de hambre?

Y, mal protegidos por las tinieblas de la noche, puesto que asalariados de Graves espiaban sigilosos, los pescadores se dispusieron a desafiar la terminante y cruel prohibición. En las lanchas pusie-

ron también, con disgusto de Tess, una vieja escopeta de su padre.

A la misma hora que ellos salían en busca del pan, en la casa de Graves, solos en una estancia, Jordán y Tina hablaban.

—Es preciso que nos casemos inmediatamente—decía ella.—Ya sabes por qué.

Es lo que yo más deseo. Mi amor, ya lo sabes, no quisiera estas dilaciones.

—Pues ahora, de un modo o de otro, deben terminar.

—Si tu padre no me otorga su consentimiento esta misma noche, te raptó, y así nos casaremos mañana.

Salíó Jordán para buscar a Graves con este propósito. Pero cuando estuvo frente a él no pudo hablar. Había llegado un guarda, que decía al propietario:

—Acaban de salir a pescar con la red escondida en casa de Skimnes.

—No cuentes conmigo para hostilizar a los pescadores, papá—dijo Federico. Ya sabes que mi modo de pensar es abiertamente opuesto al tuyo.

—Por desgracia. Pero no te preocupamos. Jordán y los guardas se bastan para evitar la pesca.

En seguida dió las órdenes oportunas. Y Jordán, con varios hambres, salió a recorrer el lago y a evitar que unas gentes sencillas se ganaran el sustento.

Entretanto, Tess, que estaba muy asustada, se fué a casa de una vecina, la señora Longman, a la que dijo:

—Mi padre ha salido a pescar y yo tengo un miedo terrible.

Diciendo esto, cogió, para verlo, un paño que aquella mujer estaba cosiendo. Y como tenía las

manos tan sucias como siempre, lo manchó. Asombrada, dijo la señora Longman:

—¿Sabes que tú serías una muchacha encantadora si no estuvieses siempre tan sucia?

—Yo he conocido a varias personas que murieron después de haber tomado un baño—contestó, para disculparse, la joven.



Pero en seguida, acordándose de que Federico le había dicho algo parecido, pensó:

—Tal vez tenga razón la señora Longman... ¡Voy a lavarme ahora mismo!

Poco después el jabón hacía milagros en su cara y en sus manos. Y la vieja señora, que le ayudaba, decía:

—Después de diez y siete años que llevas en el mundo, hasta ahora no te has enterado de que el jabón sirve para algo útil.

—Así es, en efecto — contestó ingenuamente Tess.

Luego se miró al espejo, «¡Carumbá! Esa no debo ser yo.» Pero haciendo unos cuantos gestos se convenció de que sí era ella. No salía de su asombro. ¡Tan bonita se encontraba!

A aquella misma hora, en sus habitaciones, Tía escribía en unas tarjetas: «Elias Graves participa a usted el efecuoado enlace de su hija Tina con Daniel Jordán...»

Y allá en el lago, estando unos pescadores en las lanchas y otros en tierra tirando de la red, apareció en la altura de un peñasco, Jordán. Le vieron los dos enamorados de Tess, que eran los que estaban en tierra. Y Letta, echándose la escopeta a la cara, disparó. Jordán cayó muerto. El padre de Tess acudió a socorrerle. El que había disparado y su compañero huyeron. Acudieron los guardas. Recogieron la escopeta. Fueron hacia donde estaba el muerto. Había allí ya dos guardas más, con el padre de Tess.

Los fugitivos iban por otro camino. Longman dijo a Letta:

—Yo no te descubriré, pero con una condición. La de que no has de continuar tus pretensiones sobre Tess.

Letta prometió, porque le convenía.

En tanto, un guarda preguntaba al padre de Tess:

—¿Es de usted esta arma?

—Sí, señor.

—Pues ya no hay nada más que averiguar.

Poco después llegaba Longman a su casa. Tess, al verle, le preguntó:

—¿He vuelto ya mi padre?

—Tu padre ha matado a Daniel Jordán y acaban de meterlo en la cárcel.

—¿Imposible! ¡Mi padre es incapaz de cometer un crimen!

Saló Tess corriendo hacia su casa, desesperada y anhelante. Creía que todo era una broma de Longman. Esperaba encontrar a su padre junto al fuego del hogar, ya de vuelta de la pesca. Cuando llegó a su casa, al no ver allí a su padre, empezó a inquietarse. En seguida, llegó Federico, que le dijo:

—Los pescadores han asesinado a Jordán.

Antes de que Tess contestara, entraron Graves y los guardas. Estos dijeron:

—Su padre es el asesino. ¡Nosotros poseemos las pruebas!

—¿Falso, falso! ¡Eso es una cobarde calumnia!

—Tranquícese usted—le dijo Federico. Procuraremos por todos los medios aclarar la verdad.

—Diga usted a todo el mundo que mi padre es incapaz de hacer daño a nadie.

—No se explica entonces—dijo Graves con su voz severa y antipática—cómo, para ir a pescar, se preocupó tanto de llevarse la escopeta.

Nada importa que se la llevara. Lo digo bien alto. ¡Mi padre vale más y es más noble que todos ustedes!

—¡No blasfemes así!—repuso Graves.—Tu padre es un criminal! ¡Y él expiará debidamente su crimen!

Tess, no pudiendo ya reprimirse más, se abalanzó sobre Graves y le arañó toda la cara, obligándole a salir de la casa; y también hizo que salieran los guardas. Quedó solamente Federico, el cual dijo a la joven:

—No es mostrándose colérica cómo usted conseguirá demostrar la inocencia de su padre...

—Perdóneme usted que haya contestado así a las palabras imprudentes que contra mi padre ha dicho el suyo. ¡Yo no podía permitirlos!

—No haga usted caso tampoco de sus vehemencias. Y cuente con mi ayuda para demostrar la inocencia de su padre, si es que es inocente.

—¿Pues claro que lo es! ¿Acaso lo duda usted?

III

Presa de profundo abatimiento, Skinner sufría en su encierro el rigor de la justicia de los hombres.

A pesar de que estaba absolutamente incommunicado, al día siguiente recibió la anhelada visita de su hija. Esta, sabiendo como un gato por la pared, llegó hasta la ventana de la celda en que su padre sufría. Llegó destrozada, deshecha, pero llegó. Era ya por la noche, único modo de que no la viesen. Su padre aun no se había acostado. Al oír ruido en la ventana, puso un taburete junto a la pared, subió en él y pudo así besar el adorado rostro de su hija.

Después de muchos besos, luego que ya Tess, primero con una mano, después con la otra, había acariciado el rostro de su padre, le preguntó:

—No has sido tú quien has matado a Jordán, ¿verdad, papá?

—No, hija mía.

—Pues entonces te salvarás. A pesar de que casi no sé leer, he leído en la Biblia que los buenos se salvan siempre.

—¿En la Biblia?

—Sí. He cogido la Biblia de la iglesia y la tengo en casa. Leo en ella cuando no tengo otra cosa que hacer.

Hubieron de separarse. Era ya tarde, y, por otra parte, Tess no podía ya mantenerse en la difícil posición en que se encontraba. Después de nuevos besos, Tess bajó como había subido y se marchó a su solitario hogar.

Desde la mañana siguiente, Federico, que amaba a Tess con toda la fuerza de su juventud, hacía por encontrarse con la muchacha, a la que iba enseñando a leer más correctamente y a escribir, de lo que ella nada sabía.

Días después Tess escribía ya a su padre: «Ya comienzo a leer de corrido, aunque no comprendo todavía el sentido de algunas palabras. Cada día tengo más seguridad y más confianza en que saldrás en libertad.»

Graves sorprendió a su hijo, un día, hablando con Tess. Le llamó. El joven tardó un poco en ir. Se despidió de Tess más amablemente que nunca. Cuando llegó ante su padre, éste le dijo:

—Me han dicho que tú haces gestiones para conseguir la libertad de Skinner.

Ciertamente.

—¿Tienes valor — intervino Tina — de interesarte por el criminal que arrebató la vida a mi pobre Daniel?

—Sí. Porque estoy seguro de que no fue él el asesino.

—Tu conducta me avergüenza — terminó Graves. — ¡Todo ha terminado entre nosotros!

Federico, sin contestar, salió de la casa. Pero no dejó, en lo sucesivo, de seguir entrevistándose con Tess. La cual, ya escribía cada día a su padre. Este leía y releía las cartas de su hija, escritas con

letra muy torpe, pero con estilo henchido de emoción. La última que había recibido decía: «Mi querido papá: ¿Cuándo vendrás? Me siento muy sola y muy triste sin ti. Don Federico me está enseñando a leer y a escribir. Te abraza y te quiere mucho tu hija, Tess.»

El mismo día que Tess escribió esa carta, detrás de cuyo «don Federico» se ve un amor naciente pero poderoso, Longman llegó junto a la joven, que estaba sentada a la puerta de su casa, y le dijo:

—Yo te amo muchísimo, Tess. ¡Sólo Dios y yo sabemos cómo te amo!

—Pero, hombre — contestó Tess sonriendo, — eso es un disparate.

—No es un disparate. ¡Te amo! Pero, va lo comprendo. La amistad con el señorito Federico te ha trastornado la cabeza.

Tess, ni corta ni perezosa, no queriendo que nadie se metiera en sus cosas, dió un empujón a Longman y lo arrojó al lago. Luego entró en la casa y cerró la puerta. Y por primera vez pensó seriamente en lo que sentía hacia Federico. Se ruborizó de ver sus pies descalzos. Buscó algo que ponerse en ellos. Era aquélla su primera coqueteo.

Entretanto, Longman salía del agua, y se encontró, a su lado, a Letis, que había visto la escena precedente.

—Te escarmentaré — dijo a Longman amenazándole — si vuelves a mirar otra vez a Tess.

Longman, que temía a Letis, se puso a temblar.

Llegó el día del juicio oral. Las pruebas aportadas parecían todas confirmar la culpabilidad de Skinner.

El juez dijo:

—El acusado, con deliberado propósito de burlar la ley, y para atropellar toda intervención legal, llevaba preparada su escopeta.

La declaración de Longman podía ser decisiva para la suerte de Skinner, pero el miedo cerval a Letis, su fuerte rival, impidió que la verdad saliese de sus labios.

El juez agregó:

—Sorprendido en su tarea ilícita por los guardas, él disparó a mansalva sobre el joven que dirigía la patrulla de investigadores.

Tess, imaginando que se proclamaría la inocencia de su padre, no fue al juicio. Y preparaba la casa para recibir dignamente al jefe de ella. Barrió, fregó, hizo comida, puso flores sobre la mesa.

Pasó Longman por la puerta. Lo llamó y le preguntó:

—¿Tardará mucho en venir mi padre?

—Tu padre no vendrá jamás. Será condenado.

Tess no esperó oír más. Saló corriendo hacia donde se celebraba el juicio, bastante lejos de su morada. Llegó. No la dejaban pasar. Volvió, pues, a poner en práctica su impetu, apartando a los que le impedían el paso a empujones y gritando al mismo tiempo:

—Déjenme pasar. Necesito ver a mi padre.

Cuando entró ella en la sala, el juez decía:

—Levántese el acusado.

Y agregaba poco después:

—Por unanimidad se le ha considerado a usted culpable del asesinato de Daniel Jordán.

Tess, acercándose al juez, exclamó:

—Usted debe estar equivocado, señor juez. ¡Mi padre es inocente! Y como es inocente, usted le dará la libertad. Eso es lo justo.

Skinner se acercó a su hija y, abrazándola, le dijo:

—Tess, querida hija mía. ¡No aumentes los dolores de tu padre, que tanto sufre!

Las gentes que arrojaron al juicio, sorprendidas por aquella escena, miraban, curiosas, al juez, al acusado, a la familia Graves, a Federico, que estaba solo junto al defensor de Skinner, y especialmente a Tess, vestida de un modo extraño y calzada con unas botas de montar de su padre.

Ella también miró a todos lados, como buscando la luz de una mirada de comprensión para su dolor y para la inocencia de su padre. Casi todas las miradas eran indiferentes. Esto la llenaba de pena. Mas, de pronto, vió los ojos de Federico fijos en ella, y de los cuñes salían, lentas, algunas lágrimas. Se sintió consolada. Y con un esfuerzo del que se habría creído incapaz, abrazó a su padre impetuosamente, como para protegerle de las miradas maliciosas de la gente y con un gesto de desafío para cuantos los rodeaban.

Luego, como reacción a aquel esfuerzo de su ánimo, tan atormentado, se sintió decaída, como enferma. Y dijo al autor de sus días:

—¡Yo no puedo reprimir mi tristeza, padre mío!

—¿Pobre niña mía! Te quedas aquí abandonada, a merced de quien sabe qué peligros.

Federico la seguía mirando, como para decirle que no temiera a ningún peligro.

—Pero — agregó — ¡tú vendrás pronto a casa. ¡no es cierto, papá? No habría justicia en el mundo si así no fuera.

Ojalá que vuelva pronto, hija mía. Ahora, vete, márchate pronto, anda... ¡Adiós!

Salió la joven por entre las miradas de todos,

serena a pesar de su honda tristeza, con la profunda serenidad que proporcionan las convicciones firmes, como era la que ella tenía de la inocencia de su padre.



SEGUNDA JORNADA

LOS DICTADOS DEL CORAZÓN

I

Aumentada, pero no obstante dando albergue en su pecho a un poco de esperanza, Tess emprendió el duro camino de retorno al hogar desvalido. Y, para no tropezar con nadie, deseosa de no oír falsas frases consoladoras, echó por un camino apartado por donde nunca pasaba nadie.

Hubo de arrepentirse de ello. En un recodo la esperaba Letts, el antipático Letts, que se dijera había imaginado las intenciones de la joven de regresar por allí.

—Déjame, Tess, que te acompañe— le dijo aquel hombre.—A falta de tu padre, tú tienes necesidad de un hombre que se interese por ti. Si lo quieres, yo puedo ser ese hombre.

—No, gracias. Sé defenderme sola, y lo prefiero.

Antes de que terminara, Letts, que se había dado cuenta de la soledad de todo el contorno, se arrojó sobre la joven, dispuesto a besarla y abrazarla. Tess se defendió como pudo de aquel ataque. Pero eran tantas las penosas impresiones de aquel día, que estaba rendida, deshecha, incapaz para todo esfuerzo, y menos para el que era preciso para defenderse de aquel bruto.

Hubo un momento en que se vio atropellada y comenzó, con gritos de angustia, a demandar socorro. Pero nadie la oía; nadie acudía. Al fin, cuando ya se cansaba de gritar, la oyó alguien, no una persona; un animal; un perro grande y cariñoso, de Federico, que había asistido a todas las entrevistas de éste con Tess. El perro conoció aquella voz y acudió. Y al ver que Tess era atacada, se abalanzó con furia de fiera hacia el hombre que atacaba; y lo arrojó al suelo; y ya en el suelo, luchó con él hasta dejarlo vencido. Tess fue salvada por el noble animal, el cual, una vez fuera de combate su enemigo, se acercó a la joven y la acarició como un padre puede acariciar a un hijo. En seguida, Tess y el perro recomprendieron la marcha y poco después llegaban a la solitaria casa de ella.

Basilio Letts, cuando pudo levantarse, juró, mi-

rando al cielo, tomar ejemplar venganza de aquel inesperado contratiempo.

Poco después de llegar a su casa Tess, y cuando aun no había recobrado por completo la tranquilidad, recibió la visita de Federico, al cual dijo la joven en cuanto lo vio entrar:

—Para mí, el juez, dado el tremendo error en que ha incurrido, no debe leer los libros sagrados.

Federico, sin hacer gran caso de esta apreciación, repuso:

—Intentemos un recurso de casación contra la sentencia. Estoy seguro de que de este modo su padre estará en breve entre nosotros.

Hágalo, usted que sabe.

Claro que lo haré. Mas, hablemos de otra cosa. Tess, ¿no ha pensado usted que algún día usted y yo podamos ser marido y mujer?

—¡Qué disparate! ¿Cómo voy yo, pobre y humilde hija de pescadores, aspirar a casarme con usted?

—Ante el amor, Tess, no hay castas ni jerarquías sociales. Yo la amo a usted. Y en cuanto haya terminado mis estudios, tendré la dicha de pedir su mano.

Tess no contestó. Tan hechizada estaba por el encanto de aquel amor que era el ensueño y la ilusión de su vida desde hacía ya algún tiempo.

Federico, comprendiendo los sentimientos de su amada, se acercó a ella y la abrazó con cariño infinito, besándola en los labios con unción y con pasión. Ella recibió aquel beso y lo devolvió poniendo en ello toda su alma.

Luego se acariciaba con sus manos los labios, como para convencerse de que no soñaba.

Reinaba en toda la casa un silencio absoluto, propicio para las confidencias amorosas.

Durante largo rato, los dos se dedicaron a hacer propósitos para el porvenir. Cuando llegó la hora de que Federico se marchara, junto a la puerta se besaron de nuevo. El día más triste que había tenido Tess en su vida, era también, por rara coincidencia, el más alegre. Amaba y era amada.

Poco tiempo después Federico había marchado a la ciudad para continuar sus estudios. También había ido a Nueva York, para sus negocios. Graves. Estaban solas, pues, en la casa del propietario, Tina, en su casa apartada y solitaria, Tess, la cual escribía a su padre diariamente.

Tina estaba más tranquila que de costumbre con la ausencia de su padre, pues así podía dedicarse libremente a cierta labor secreta que su estado exigía con apremio inaplazable: estaba preparando ropa para un niño. Y este niño había de llegar de un momento a otro. La pobre sufría, por esto, tormentos imaginables.

Una noche, estando, como de costumbre, dedicada a esta tarea, llegó un telegrama. Era de su padre y decía: «Terminado asunto satisfactoriamente. Me prometo estar pronto de regreso. Tu padre.» Tina, en lugar de alegrarse, se puso muy triste. Si su padre llegaba pronto, no podría ocultarle su estado.

A aquella misma hora Tess escribía a su padre: «Mi querido papá: Yo cada día me encuentro más triste y desamparada. Basilio Letts, nuestro convecino, es un hombre grosero y peligroso que me importuna y me amenaza con sus disparatadas pretensiones. Unicamente Federico, al único que amo después que a ti, es quien me hace lleva-

dera esta vida sin consuelo. Pero ahora no está aquí. Te abraza y te quiere tu hija, Tess.»

Al día siguiente, Tina, temerosa de la próxima llegada de su padre, y obsesionada por inquietudes invencibles, se encontraba perpleja entre dejar que triunfara la vida, o en abismarse en la paz eterna de la muerte. Saló de su casa para pasear por la orilla del lago, y la vista del agua que corría mansa le hizo pensar en el suicidio como única salvación posible. Cuando ya iba a tirarse al fondo del lago, desechó con toda la fuerza de su juventud aquella idea. Pero era tarde. Se había acertado demasiado al filo de la peña desde la que pensó en suicidarse. Y no pudo defenderse. Sin querer ya, cayó al agua y se hundió. Mas el grito que dió al caer, grito de terrible angustia, llegó hasta los oídos de Tess, que estaba en la puerta de su casa. Y Tess, impulsada, como siempre, por sus generosos sentimientos, corrió hacia el sitio de donde había partido el grito, se arrojó sin miedo al agua y salvó a Tina de una muerte segura.

Cuando, ya en la orilla del lago, Tina volvió en sí, en lugar de dar las gracias a su salvadora, dijo:

—Si su padre no hubiera asesinado vilmente a Jordán, ahora éste cumpliría la angusta misión de recibir al hijo que yo voy a traer al mundo, el cual viene de este modo con una herencia de deshonra y de lágrimas.

—Yo se lo juro a usted, señora, que no fué mi padre quien mató a Jordán.

—¡Oh, el deshonor, la vergüenza de una situación ilegítima! ¡Yo no tengo valor para ver a mi padre! ¡Por eso habría preferido morir!

Tess, comprendiendo que las palabras estaban de más en aquella ocasión, consoló a Tina con he-

chos. La llevó, en primer lugar, a su casa, y la acostó en su propia cama.

Como consecuencia de lo acaecido se adelantó el nacimiento del niño. A la hora del alba del día siguiente nació.

II

Cuando, repuesta de sus dolores, a las pocas horas de ser madre, Tina abrió los ojos, sus primeras palabras fueron también dolorosas para Tess.

—¡Ah!—dijo. ¿Por qué su padre, al matar a Daniel, no tuvo la piedad de acabar también con mi triste vida?

Pero Tess no hacía caso de los injustos reproches de Tina. Al contrario, sólo tenía para ella frases de consuelo. Y para los latidos del odio de Tina, ella tenía raudales copiosos de bondad.

—¿Qué haré de mi hijo?—preguntaba Tina.—Si mi padre se entera, será implacable en su abandono y en su rencor!

—¿Se cree usted capaz de tener confianza en mí?—le preguntó Tess.—Si la tiene, yo me cuidaré de la criatura. Diremos que es mío.

—Bien. Pero jureme no revelar a nadie la verdad de todo esto.

—¡Lo juro!

Pasaron unos meses, durante los cuales, duros y penosos, Tess llevó con admirable constancia el peso de la falta de Tina. El padre de ésta había vuelto días después de ser abuelo, y nada había sabido. Tina iba cada día, a escondidas, a amamantar a su hijo y llevaba de paso leche para que, durante su ausencia, Tess se la diera con biberón.

Un día Tina no pudo cumplir este deber. Ya por la noche, se dispuso a realizarlo. Pero su padre, que velaba, lo impidió.

Entretanto, Tess, sin tener con qué alimentar al niño, pasaba un día terrible. El no haber ido aquel día Tina, echaba por tierra su serenidad. Cuando llegó la noche y vio que Tina no iba, se decidió a penetrar ella en la casa de Graves y recoger la leche necesaria para la criatura. No podía ésta pasar todo un día y una noche sin alimento. Y no había ningún otro sitio en el pueblo donde poder proveerse del blanco y puro líquido, vital para un niño.

Entró, pues, en aquella casa, como un ladrón, saltando por una puerta oculta en el jardín. Y logró llegar hasta el armario en que Tina guardaba las botellas. Pero cuando acababa de abrir, Graves, que había oído ruido, llegó hasta allí y la sorprendió.

—¿Cómo se entiende?—preguntó asombrado.—Yo te enseñaré a que no cultives el vicio del robo! ¡Al fin, hija de un criminal!

Tess se puso pálida como una muerta. Tina, que acudió también, hubo de sostenerse contra la pared para no caer al suelo desvanecida. Graves, con un vergajo, castigó a Tess, como primera providencia. Pero de los labios de la heroica joven no salió ni una palabra de la verdad. Así resaltó más su grandeza y la mezquindad de su verdugo.

Habló, sin embargo, Tess, cuando se repuso, para decir:

—Ya que me ha maltratado usted, creo que he ganado el derecho de llevarme la leche...

—No... —contestó con su estúpida severidad Graves.

Y rompió la botella que aun tenía en sus manos la humilde y tan alta y grande pescadora.

El niño se quedó aquella noche sin alimento. No dejó dormir, naturalmente, a la buena Tess.

Pocos días después, aprovechando un corto período de vacaciones, Federico abandonó las aulas, impaciente por ver a Tess, a la que amaba cada vez con mayores anhelos.

Al llegar a la estación, dijo al mozo que salió a esperarle:

—Yo no voy a casa. Lleve mi equipaje al hotel.

Y se dirigió a visitar a su amada.

Poco antes que él, había llegado a la apartada casa de Tess, Tina, la cual se lamentaba, como siempre:

—¡Pobre pequeño! ¡Sin nombre, sin hogar! ¡Qué amargo destino le espera en el mundo!

—¡No se aflija usted! ¡He leído en la Biblia que los buenos siempre tienen una recompensa! ¡Sea usted buena, Tina, y espere!

—¡No, Tess, no! ¡Esto no puede continuar! Yo debo decir la verdad sobre todo esto. ¡Este silencio culpable no deja vivir en paz a mi conciencia!

Llamaron a la puerta. Se asustaron las dos jóvenes. Tess hizo a Tina soltar al niño en la cesta de mimbrres que le servía de cuna. Luego abrió la puerta. Era Federico. Saludó el joven cariñosamente a su amada. En seguida, dándose cuenta de que estaba allí su hermana, le preguntó:

—¿A qué has venido tú aquí, Tina?

—He venido a ayudarla... a consolarla. Pero me voy ahora mismo. Y tú te vienes conmigo, ¿verdad?

—¿¿¿Yo de aquí? ¡Imposible! ¡Si casi he

venido solamente para pasar el mayor tiempo posible al lado de Tess!

Claro es que la joven quería llevarse a su hermano para que éste no tuviera conocimiento de la existencia del niño. Inútil tentativa. Federico no quería irse y, además, el niño comenzó a llorar.

—¡Cómo! ¿Un niño aquí? —preguntó Federico.

Inútil ya todo. Tina no sabía qué decir. Tess, emocionada, dijo:

—Sí... un niño... ¡Es que... yo... me lo he encontrado!

Hubo en la mirada de Federico un gesto de incredulidad. Tina habló entonces:

—Te lo ruego, Federico. No intentes conocer el origen de todo esto que parece extraño.

Pero Federico, sin oír a su hermana, exclamó:

—¡Habla, Tess! ¿De quién es este niño?

Tess, con el alma transida de dolor, queriendo aparecer fuerte, repuso:

—¡Si a mí me place dedicarme a cuidar un niño desvalido, ello no es incumbencia de nadie!

—¡Oh! —dijo Federico con pena. —¡Usted, en quien yo había puesto todas mis ilusiones y todas mis esperanzas!

Tina, por no ver el sacrificio de su amiga, tan grande, salió. Entonces Tess dijo a Federico:

—El que desconfía de mí, no tiene derecho a permanecer en esta casa. ¡Salga, pues, de aquí!

Salió Federico. Su hermana le esperaba en la puerta.

—¡Pobre Tess! —dijo, al ver a su hermano.

—No intentes disculparla. ¡Mi decepción ha sido tan terrible como dolorosa!

Entretanto, no estando seguro en la comarca, por temor a ser denunciado a pesar de todo, Bas-

lio Letts decidió salvarse; pero llevándose consigo a Tess. Antes de ir a proponer a ésta la fuga, pensó que debía quitar de enmedio a Longman, y, al efecto, lo llevó a las orillas del lago, luchó con él y lo arrojó por un despeñadero. Era ya media noche y nevaba. Poco después de la lucha, el cuerpo de Longman estaba casi cubierto de nieve. Pero hubo un momento en que reaccionó y, a pesar de sus heridas, logró dirigirse hacia la aldea arrastrándose.

Cuando apenas había unos momentos que Federico y su hermana salieron de casa de Tess, llegaba allí Basilio, dispuesto a llevar a la práctica su designio. Nada sabía éste de la existencia de un niño en casa de Tess, y, al verlo, exclamó con sarcasmo:

—¿Es quizá Longman el padre de este chico?

—Nada os importa saberlo.

—Sí que me importa. Mas no vengo a tratar de eso. Con el pequeño o sin él, quieras o no, tú has de seguirme. Disponte, pues, a preparar el equipaje. Tengo la barra preparada.

—No iré.

Basilio Letts se arrojó sobre Tess para obligarla a seguirle. Ella se defendía. Aquella lucha no podía continuar. Basilio amenazaba a la joven con matar a la criatura si no le seguía.

En tanto, Federico y su hermana habían encontrado a Longman. Y éste, al reconocer a los hijos de Graves, les dijo:

—No fué Skinner quien asesinó a Daniel Jordán. ¿Fué Basilio Letts?

Federico, al oír esto, dijo a su hermana:

—Ve y avisa a la policía. Yo voy a dar la buena nueva a Tess. Avisa de paso para que vengan a recoger a este muchacho.

Partieron los dos. Poco después llegaba Federico a casa de Tess y oía que ésta decía:

—¡Váyase, por Dios! ¡Tenga compasión de mí!

Federico entró en la casa como un ciclón. Tess, al verle, exclamó:

—¡Este infame quiere obligarme a partir con él!

—¿Por qué no?—dijo Letts.—Soy el padre de la criatura y exijo aquello a que tengo derecho.

—¡Oh, el mentiroso!—gritó Tess.—¡Que mi padre no salga de presidio si dice la verdad!

—El es quien irá a presidio para siempre—dijo Federico.—Longman acaba de confesarme todo.

Letts se arrojó sobre Federico para huir. Pero éste estaba prevenido y logró dominar a su adversario. Luego llegó la policía y Basilio fue amarrado. Federico salió también y Tess volvió a quedar sola y desconsolada.

III

Seguía nevando, y Tess, viendo hundirse todas las ilusiones que había acariciado respecto a su unión con Federico, exclamó, mirando al niño:

—¡Yo debería abandonarte sobre la nieve, porque te odio!... Mas, ¿cómo odiarte? ¿Qué culpa tienes tú, pobre criatura, enfermo y abandonado de todos?

Al fin se durmió Tess, junto al niño. A la mañana siguiente éste amaneció muy enfermo. La nevada de la noche anterior había sido fatal para su delicado organismo. Era domingo. En la casa de Graves, Tina, presintiendo la enfermedad de su niño, estaba muy triste. El padre, viéndola, le dijo:

—No te entregues a la voracidad de tus enfermedades y de tus tristezas, hija mía. En vez de llorar, vente a la iglesia conmigo.

Salieron los dos. En tanto, en la casa de Tess, una vecina le decía a ésta:

— ¡Este pequeñuelo va a morir!

— ¡Sí? ¡Pues es preciso bautizarle antes de que muera!

— Es verdad. Ve, pues. Todavía tienes tiempo, hija mía.

Envolvió Tess al niño y partió tan de prisa como podía a la iglesia. Llegó y, sin dudar ni un momento, atravesó la gran nave y se acercó al sacerdote, al que dijo:

— He aquí un niño que va a morir. Vengo a que le bautice usted antes de que muera, señor cura.

En la primera fila de bancos, junto al altar, estaba la familia Graves. Tina miró a su hijo y a Tess con ansiedad; Federico, con pena. Graves, poniéndose en pie, exclamó:

— La presencia de esta mujer en nuestro templo, es un insulto intolerable a las mujeres honradas.

Tess le miró con desprecio, y repuso:

— ¡Bien! Pero la pobre criatura muere y es preciso bautizarla. Sobre ella no pueden caer delitos que no la ha cometido.

Dicho esto, miró a Tina, como para probarle que sabía llevar hasta sus últimos límites el juramento que le había hecho.

El sacerdote, ante la insólita vehemencia de Graves, es decir, del propietario de la aldea, titubeó un instante sin decidirse a cumplir su misión. Viendo esto Tess, se acercó a la pila bautismal y, cogiendo unas gotas de agua con sus dedos las puso en la cabeza del niño moribundo, y dijo:

— ¡Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

En seguida, en los brazos de la abnegada Tess, el niño dejó de existir.

Tina, al ver que su hijo había muerto, no pudo ya contenerse y gritó, transida de dolor:

— ¡Hijo!... ¡Hijo mío!...

Fue esta una revelación para Graves y para Federico. Tess, sin mirarlos, dejó al niño en los brazos de su verdadera madre y salió, mirando desafiantemente a todos los que había en la iglesia, especialmente a Graves, a quien en lo hondo de su alma no le perdonaba fácilmente las muchas ofensas de que la había hecho objeto.

La pena que Tess llevaba cuando salió de la iglesia, fue compensada con una gran alegría cuando llegó a su casa. Encontró allí a su padre, que había ya salido de presidio, reconocida su inocencia. Le estuvo abrazando durante varias horas. No sabía qué nuevas demostraciones de cariño hacer al autor de sus días.

Y empezó una nueva vida para la gran alma que era Tess, junto a su padre, que la quería con locura.

Poco tiempo después dejó de existir Tina, minada por tantos y tan diversos dolores. Tess hubiera ido de buena gana a asistir, durante los últimos días, a la infortunada hija de Graves. Pero no fué; no quería encontrarse con Federico, que había dado de ella; no quería tampoco ponerse frente a Graves, que tanto mal le había hecho.

Y llegó Navidad. En esta fecha solemne, Elias Graves, abatido al fin su proverbial orgullo, se decidió a realizar una visita insólita, inesperada para los visitados: fué, con su hijo, a casa de Tess. Pero Federico no se atrevió a entrar, avergonzado de sus dudas de otro día. Tess les vio llegar, pero hizo como que no los veía. Y cuando entró Graves solo, ella, en lo íntimo, se alegró, pues que aquello era prueba de que Federico reconocía sus culpas.

Graves, dirigiéndose a Tess, dijo con voz por primera vez agradable:

—He venido para proclamar que usted me ha enseñado cuál es la verdadera grandeza. Su comportamiento con mi hija, siendo yo su mayor enemigo, ha sido para mí una lección ejemplar.

Señor Graves—repuso Tess,—yo he sido buena siempre para todo el mundo.

—Ya lo sé. Más buena que todas las personas que he conocido.

—Bien—dijo Tess para desviar la conversación.—¿Usted, verdad, no conoce aún a mi padre? Se lo presento.

Se saludaron los dos hombres. Y Graves entregó un sobre cerrado al padre de Tess, en el cual se leía: «Y por mi libre y espontánea voluntad cedo al señor Skinner y a su hija Tess, como prueba de último reconocimiento y gratitud, la casa en que viven y todo el terreno que la rodea.

—¿De modo—preguntó Skinner—que usted nos instituye propietarios de los lugares que ocupamos?

—Sí, si ustedes lo permiten.

Callaron todos, conmovidos. Luego Graves dijo a Tess:

—¿Verdad que usted me perdona?

Sí, le perdono. Porque veo que realmente se ha vuelto usted de otro modo. Sólo siento que para que haya tenido lugar esta transformación hayan tenido que pasar tantas desgracias.

—¿Qué buena es usted!

Dicho esto, Graves se sentó al lado de Skinner y emprendieron ambos una conversación sosegada, tranquila, amable.

Tess, impaciente, pues que Federico no entraba, y más aun cuando vio que fuera nevaba, urdió una estrategia para acabar con aquella situación. Co-

gió una escoba y empezó a barrer la casa; una vez barrida, abrió la puerta para echar a fuera, siguiendo la limpieza, las barreduras. Al abrir la puerta, lo hizo indiferentemente, como si no supiera que Federico estaba allí. Pero él, al verla, se acercó a ella y con voz emocionada le dijo:

—Tess, amada Tess, ¿quieres perdonarme?

—¿Yo? ¿De qué?

—De mis dudas.

—¿Ah!

—Dudaba porque te amaba mucho.

—Entonces, no tengo de qué perdonarte.

—¿De verdad?

—¡Claro! El amor lo disculpa todo.

—¡Oh, mi Tess amada! ¡La mejor de todas las mujeres!

Se abrazaron. Se besaron en la boca. Tanto duró aquel beso de amor, que no se dieron cuenta de que la nieve los iba cubriendo.

RIN

FIGURINES DE MODAS

Las más elegantes, las más prácticas, las preferidas por el público de buen gusto, son las siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'—	"
Blouse Ideal	"	2'50	"
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50	"
Ideal Parisien	Mensual	3'—	"
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'—	"
Mateaux et Costumes de Promenade	"	3'—	"
Mode de Paris	"	3'—	"
Mode Nationale	Mensual	1'25	"
New Ladies Fashions	10 veces año	6'—	"
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'—	"
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'—	"
Patrons Favoris Blouses	"	5'—	"
Patrons Favoris Enfants	"	3'—	"
Patrons Favoris Lingerie	"	5'—	"
Patrons Favoris Gentlemen Fashions	"	5'—	"
Patrons Favoris Tailleur	"	5'—	"
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'—	"
Paris Chic	Mensual	5'—	"
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50	"
Toilettes Modernes	"	2'25	"
Ultima elegancia	"	1'25	"
Tres chic	"	4'—	"

Estos títulos no necesitan encomio: figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial, Barará, 15. Apartado 925 — Barcelona**